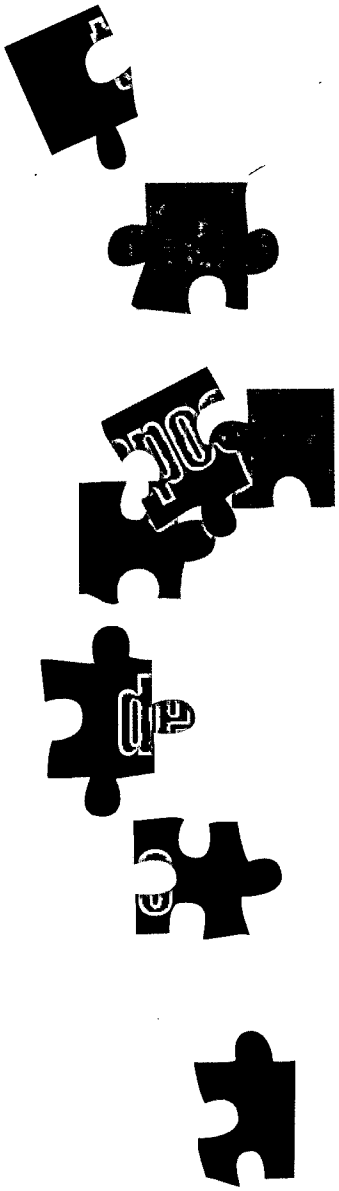

Editorial

No por correr

El cambio en el que estamos empeñados todos los venezolanos, requiere de tiempo para proponer, asimilar y comprender, y de procesos para construir. Es necesario retomar nuestro patrimonio histórico, nuestra cultura democrática, afianzar lo aprendido, insertar las nuevas oportunidades y avanzar consolidando nuestras transformaciones.

La aspiración de las clases populares es reinsertarse en la sociedad, participar efectivamente en lo económico, en lo social, en lo cultural y en lo político. Esta es la promesa que exije respuesta y esperanza. La búsqueda de un nuevo puerto hacia donde encaminar este horizonte, no es fácil. Durante mucho tiempo el Estado, si bien no logró el mejoramiento sostenido de la gran mayoría, sí garantizó cierto ordenamiento y canalización de la anarquía y mantuvo la esperanza de un progresivo bienestar. Con la crisis del Estado se ha perdido la confianza en la ley y, por lo tanto, en la regulación de las arbitrariedades. La anarquización de las instituciones es un signo evidente del deterioro de su capacidad para dar respuesta a los problemas de la gente. No es sólo falta de voluntad política, también es debilidad de sus estructuras para regular los diferentes actores sociales y lograr el cumplimiento de normas. Nada más claro que la situación carcelaria, en donde sencillamente el Estado desapareció.

El fortalecimiento del Estado atañe tanto a la representatividad política y social, como a sus formas de organización y profesionalización que minimicen los intereses particulares y faciliten la iniciativa y receptividad social. Ello implica el reconocimiento de una burocracia estatal en donde se combine autonomía e inserción en el tejido social; esto es: patrones democráticos tanto en su actuación, como en su conformación. La crisis del Estado se manifiesta en lo que podriamos llamar "antiburocracia"; los vínculos personales y partidistas han sustituido el mérito, la experiencia y la profesionalización, las remuneraciones son diez o más veces menor que la de sus iguales en otros sectores, los cargos de "confianza" se generalizan, la venalidad y discrecionalidad, que más que corrupción es desorden administrativo, se hace cotidiana. El problema de fondo ha sido la resistencia de los partidos políticos tradicionales y emergentes a perder el control de la burocracia. En este sentido, la crisis del sistema político potencializa la incapacidad del Estado. Es tarea ineludible para superar la crisis del Estado deslindar la estrategia táctica de la actividad política del ámbito de un verdadero servicio civil profesionalizado y motivado por el interés y el servicio público responsable.

Lo que se aprende, no llega a autosustentarse

Nuestros hospitales en algún momento funcionaron, la prisión de San Juan de los Morros fue modelo de organización y ni qué decir de la experiencia del entonces Ministerio de Obras Públicas, generador de la infraestructura del país y semillero de capital humano. ¿Qué pasa que lo que aprendemos y funciona no tiene permanencia? Y hoy cuando llegamos con los multihogares a configurar una relación eficiente con las organizaciones sociales, surge la desconfianza y la descalificación y no tiene cabida la transformación por el aprendizaje. La crisis del Estado venezolano puede tener problemas de orden fiscal y administrativo, y haberse agudizado por las nuevas formas de globalización, pero más allá de ello, le perdimos el respeto y la credibilidad y, por lo tanto, el sentimiento de pertenencia pública. Estado y gobierno se hicieron sinónimos prevaleciendo las decisiones coyunturales. Para darle vuelta al control administrativo se crearon instituciones paralelas, complejizando

vamos más lejos

la legalidad ¿cabría preguntarnos si con la decisión de separar los tres grandes ejes de la infraestructura nacional se buscaba mayor capacidad innovativa de respuestas o ampliar las respuestas clientelares? Poco se transmitió del aprendizaje institucional. La respuesta más creativa a la crisis del Estado es la necesidad de volver nuestros ojos a fortalecer la esfera pública, la cual debe dejar de ser únicamente estatal para ser también pública no-estatal, en donde el aprendizaje institucional sea ingrediente fundamental de nuestro patrimonio social público.

Se trata pues de construir un Estado que, dejando de ser un comando centralizado administrativo, apoye a la sociedad como ente coordinador y animador de la diversidad de movimientos y actores sociales preservando su autonomía institucional y su rol en la prestación de aquellos servicios donde estén comprometidos los valores públicos indelegables.

Ritmos históricos vs. ciclos sociales

Hay un verdadero desfase entre los ritmos históricos del querer refundar todas las relaciones de la sociedad, sin reflexión sobre sus procesos y dinámicas, y el necesario proceso de organización, consolidación y gestión política en un proyecto común.

El desencuentro es constante. Las exigencias históricas están a la vista de todos. Nadie invierte, ni se siente seguro en un país en borrador. Los problemas se acumulan y es necesario que salga rápido la nueva carta magna, en la cual se plasmen los parámetros de la organización del Estado y de la sociedad. Se sacrifica la posibilidad de diálogo y maduración de consensos que conllevaría al tejido social a asimilar y hacer propios los compromisos planteados. La estrategia táctica de la exigencia histórica priva sobre la verdadera exigencia de institucionalidad ciudadana.

El desencuentro se agudiza en la imposibilidad de diálogo entre aquellos pocos que abogan por ideas y un fuerte grupo discutiendo a partir de personalidades y de su propio espacio. Todo busca tener rango constitucional. Por el otro, nos encontramos con un anacronismo entre los procesos económicos y políticos que inevitablemente afectan el conglomerado social, puesto que el mismo depende de los primeros y cree en la esperanza que auguran los segundos. Habría, sin embargo, que agregar un tercer elemento que por ser psicológico no es de menor importancia: la desconfianza como cultura. Algunos elementos parecieran esperanzadores. La posibilidad de co-existencia del Congreso y la ANC pudiera ser tomado como un buen augurio. Pero al analizar la motivación y el carácter de tal convivencia no es posible quedar completamente satisfecho.¿Cuánto de la misma no surge de una necesidad de imagen positiva? ¿Cuánto de la misma ha enseñado realmente a sus protagonistas el valor de unas reglas claras y compartidas? Cómo sentirse a gusto cuando la CSJ falla en contra del Vice-Presidente del Congreso en una materia en la cual meses antes había dejado sentado su dictamen. El patrimonio cultural y político de un país no está simplemente en sus instituciones, sino en los hombres y mujeres que las nutren.

Entre tantos bandazos emocionales, las organizaciones sociales no tienen capacidad de incidir en la construcción social. Su diversidad no le asigna una unidad esencial. Los procesos de articulación y cohesión requieren maduración de consensos y fortalecimiento de habilidades, que van más allá de simples acciones tácticas.

El conglomerado social, trabado en un juego donde cada quien cree que le toca jugar primero, se encuentra ante el reto más antiguo de la historia: aprender a ceder, aprender a ganar y aprender a vivir en funcion de un proyecto de mutuo acuerdo con los sacrificios que implique.

La cultura democrática existe y conforma nuestro patrimonio cultural político. Lo táctico coyuntural, puede ser flor de un día. Pero, si el sobrepasar las capacidades de nuestro patrimonio nos puede llevar a la bancarrota, también todo patrimonio sino se alimenta pacientemente y consolida, se agota. Démosle tiempo al tiempo para recoger frutos maduros.